

FRANCISCO CON UN OÍDO EN EL PUEBLO

La enorme repercusión mundial de la muerte del Papa Francisco, el pasado 21 de abril, fue una clara evidencia de la trascendencia que tuvieron sus doce años como autoridad máxima de la Iglesia Católica. Sus palabras, pero especialmente sus actitudes y gestos, mostraron un modo de conducción que trajo aires frescos a una institución necesitada de una renovada presencia en los más diversos ambientes y lugares de la sociedad y del mundo en general. Nuevas y viejas problemáticas fueron abordadas con una visión más cercana a las fuentes evangélicas, como manifestación de lo divino encarnado en lo humano. No fue poca cosa abordar cuestiones abiertas hace 60 años en el Concilio Ecuménico Vaticano II, todavía pendientes de realización. Y no le faltó audacia para introducir problemáticas, que dieron pasos adelante, aunque falten otros. El mismo Francisco consideró los cambios como procesos. Será cuestión de profundizar debates, que serán más efectivos, si además cuentan con la fuerza de una comunidad eclesial capaz de responder a su misión de construir la solidaridad, la justicia y la paz. Hay nuevos caminos abiertos a la participación que, si se transitan también desde sus jerarquías, ayudarán sin duda a la tarea esencial de servir a la humanidad, especialmente a esas inmensas mayorías víctimas de sociedades elitistas y opresoras. El camino de la sinodalidad, con varios años en ejercicio, ha extendido su comprensión en las comunidades, aunque buena parte del catolicismo aún manifieste su resistencia a la apertura y al “caminar juntos”. Fueron los mismos sectores que obstruyeron propuestas, que quedaron truncas, como las debatidas en el Sínodo para la Amazonia, en el 2019. Y más aún, cuando no ocultaron acusaciones falsas al propio Francisco, hasta desde las mismas entrañas del poder vaticano, donde sin duda también se juegan arraigados intereses antievangélicos. Desafíos internos y externos para León XIV, que con modos distintos pareciera encarnar continuidades de las principales preocupaciones de naciones, pueblos y continentes que anhelan y buscan el “buen vivir”.

Desde sus inicios Francisco apeló a la memoria de nuestro mártir y beato Enrique Angelelli para insistir en la necesidad de poner el



oído en el Pueblo. Lo había escuchado en 1973 cuando el obispo de La Rioja les predicó a los jesuitas que debían elegir a su Superior Provincial. Lo encarnó como arzobispo de Buenos Aires. Y lo escribió en su Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium en el 2013: “Un oído al Pueblo... prestando atención al pueblo concreto, con sus signos y símbolos, respondiendo a las cuestiones que plantea.” (EG,154). Para escuchar los clamores de los pobres del mundo y del mundo de los pobres, los buscó en sus múltiples viajes por las periferias geográficas y existenciales. Amistad social, dignidad, justicia social, diálogo, encuentro, espiritualidad, trabajo, tierra, techo, unidad, misericordia, paz, fueron ejes de sus mensajes. Palabras claves para la convivencia humana, nunca exenta de conflictos, enfrentamientos y desigualdades.

“La cultura humana de un pueblo se ve cómo cuidan a los niños y cómo cuidan a sus viejos”, les dijo Francisco a los movimientos populares en el Encuentro del 2024. Todo lo contrario a los alimentos que la Ministra Petovello les niega a los comedores o a lo que sucede cada miércoles cuando los jubilados se manifiestan pacíficamente en las calles de Buenos Aires y son ferozmente reprimidos por el gobierno del “libertario” Milei.

“Un oído en el Pueblo” fue para Francisco escuchar los clamores de las periferias del mundo que visitó, acompañó y alentó. Comunidades y pueblos apenas nombrados en el concierto de las naciones, que fueron subidos al escenario como actores que buscan justicia y paz. Francisco, trascendió las fronteras de la institución católica que condujo para referenciarse en un liderazgo mundial de importante trascendencia como para contrabalancear el avance de los grandes poderes económicos, culturales y políticos empeñados en imponer un proyecto para pocos.

“

*“Un oído en el Pueblo” fue para Francisco
escuchar los clamores de las periferias del
mundo que visitó, acompañó y alentó.
Comunidades y pueblos apenas nombrados
en el concierto de las naciones, que fueron
subidos al escenario como actores que
buscan justicia y paz*

”

En esta edición, TIEMPO LATINOAMERICANO decidió, en el marco de las memorias que necesitamos preservar, incluir algunas miradas sobre el legado del Papa Francisco. No son las únicas, pero ayudan al rumbo que necesitan los sectores populares para acceder a la vida justa y digna que reclama la condición humana; y es negada por los artífices de una sociedad cruel y violenta, que siembra y cultiva la muerte, de los pobres y de la Casa Común.

En el mismo mundo, desde otro lugar y en otra dimensión, pero en tiempos coincidentes, donde otro protagonista, desde su rol político, también dejó huellas que es urgente y necesario que sean recorridas por los que pretenden cumplir un rol desde las estructuras políticas, que tienen por fin la realización de la convivencia y la justicia. José “Pepe” Mujica, un año mayor que Francisco, que compartió la época, desde una cosmovisión no coincidente en muchos aspectos, demostró que se pueden derribar muros y construir puentes para enlazar proyectos que abarquen todas las orillas siempre olvidadas y más necesitadas. Los muros y los puentes de los que también habló León XIV desde que asumió como Papa.

Memorias que son continuidad de las que cada año revivimos en el testimonio de los mártires, que honramos con el permanente reclamo de verdad y justicia. Esta vez, también con celebraciones y actividades ecuménicas, que se sumaron a la tradicional y masiva marcha del 24 de marzo en repudio al terrorismo de estado y las reverberaciones negacionistas del actual gobierno nacional, que avanzó en la desarticulación de archivos, personal y espacios destinados a preservar la memoria. Pero no logró impedir la continuidad de los juicios por delitos de lesa humanidad, que más allá de sospechosos retrasos judiciales, siguen

mostrando a las nuevas generaciones los efectos de las violaciones a los derechos humanos. En Córdoba, lo vivimos con el juicio y condena a la complicidad judicial de miembros de la justicia federal.

La segunda mitad de este 2025 nos traerá novedades, quizás no tan novedosas. Habrá que seguir de cerca las pujas económicas, políticas y culturales que se disputan a nivel global y tienen manifestaciones regionales y locales. Nada de lo que sucede en el país es ajeno a las tensiones y disputas mundiales, más cuando los gobiernos se convierten en sirvientes y abandonan el destino de felicidad para sus pueblos. En Argentina, las elecciones legislativas también servirán para probar si la dirigencia política que se define de raigambre popular es capaz de ofrecer alternativas concretas para contrarrestar el ajuste salvaje que padecen los trabajadores formales e informales, jubilados y otros sectores que han venido perdiendo derechos que garantizaban mejores condiciones de vida. Parafraseando a la reconocida escritora chilena Isabel Allende podemos decir que el presente es atroz, pero no es eterno. Esa perspectiva, por cierto, necesita construirse día a día, recreando también nuevas formas de hacer política.

“Un oído al Pueblo”, con el que Angelelli, Sarita, Francisco, Mujica y muchas y muchos más, - desde la religión, la política, el sindicalismo y otras responsabilidades - supieron escuchar las demandas, y transformarlas en acciones capaces de revolucionar lo aparentemente inconmovible. Aquella consigna y estos legados no son para el homenaje vacío y formal. Deben servir para aportar al encuentro y al diálogo que fortalezca un andar común, tras un proyecto que deberá reformularse, reconstruirse o construirse desde los espacios y memorias que se comparten en la lucha cotidiana por pan, trabajo, techo y tierra. La lucha por la justicia, como garantía de la paz, para la vida abundante para todas y todos, empezando por aquellos y aquellas que hoy menos pueden vivirla, a causa de los que acaparan para sí, lo que fue destinado para todos. Empecinados en estas convicciones, insistiremos para contagiarlas, con la misma acción y la misma esperanza de los sembradores que arrojan las semillas en tierras fértiles o pedregosas, porque las fortalezas y las espiritualidades con nuevas energías también se contagian, se construyen y son capaces de obrar las transformaciones que las sociedades y los pueblos necesitan.

Junio 2025

Equipo Tiempo Latinoamericano